La Invasión de los Hombres Loro

Primera edición en Reino de Cordelia, noviembre de 2016

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid

© Alfonso Vázquez, 2016

Sobrecubierta: © José María Gallego, 2016

ISBN: 978-84-15973-92-8
Depósito legal: M-36512-2016
IBIC: FF

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Zamart
Impreso de la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La Invasión de los Hombres Loro

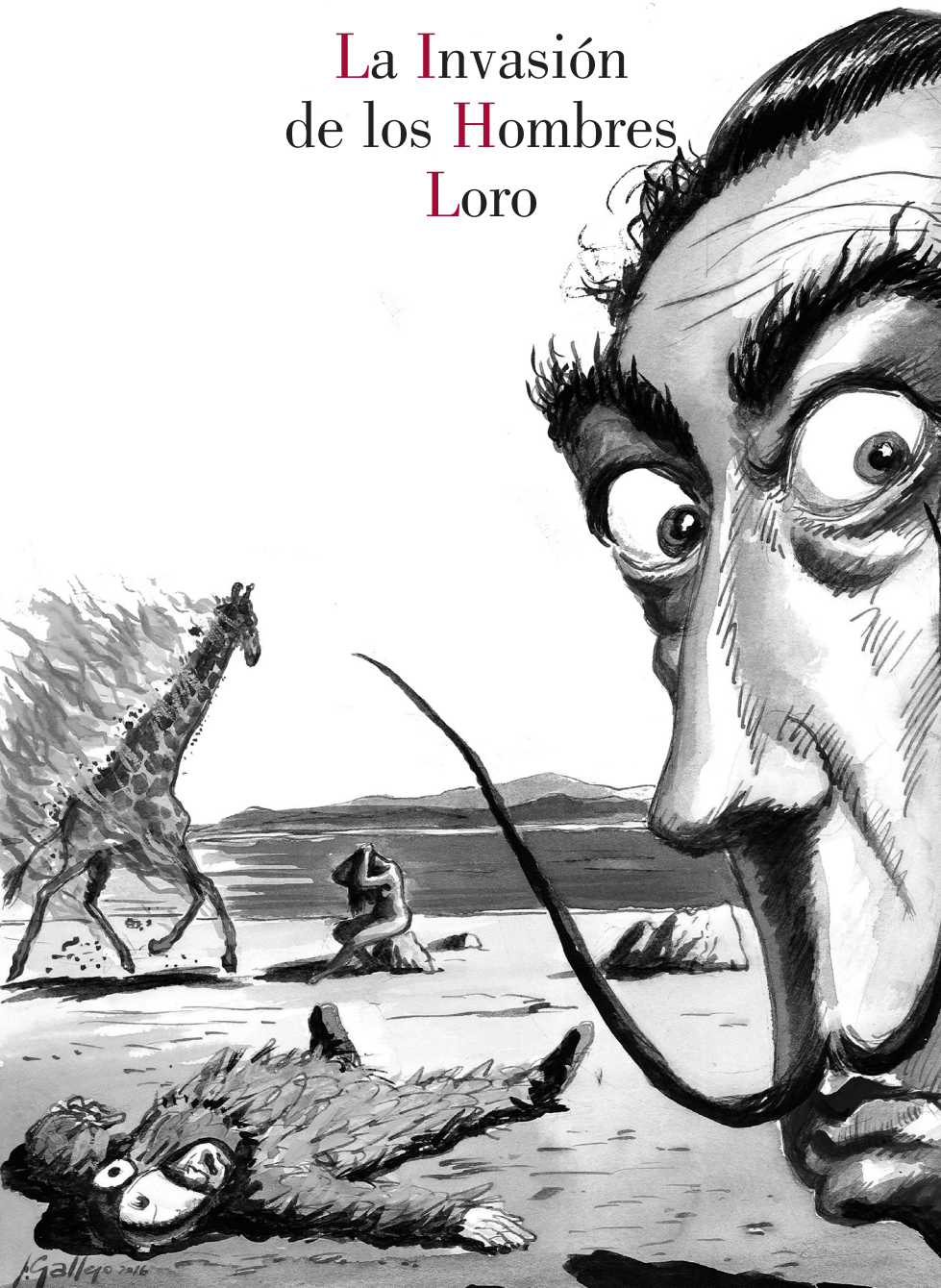
Alfonso Vázquez

Índice

Viernes 12 de octubre	15
1	15
2	23
3	34
Preludio	47
4	50
5	72
Sábado 13 de octubre	79
6	79
Andante	102
Domingo 14 de octubre	105
7	105
Lunes 15 de octubre	115
8	115
Allegro	152
Martes 16 de octubre	157
9	157

Minueto 168
10 172
Scherzo 190
11 193
Molto Allegro 200
Miércoles 17 de octubre 205
12 205
Finale 239

La Invasión de los Hombres Loro



A Alfonso, José Manuel, Lluis, Pablo y Raúl, la panda de los Madriles, pertinaces en la amistad.

Que me halle la muerte
plantando coles.

MONTAIGNE

Viernes 12 de octubre

1

—Estos pájaros son tontos del culo —sentenció el sargento Garmendia.

Arriba, una nube de gaviotas cuellirrojas, estruendosas aves en peligro de extinción, revoloteaba sobre el barco.

—Mi sargento, pensarán que vamos a tirarles pescado —contestó Moreno.

—A eso iba, llevan tres horas incordiando. ¿No concluyen que esto es una patrullera y no un pesquero? Son idiotas.

Una de las aves, por única respuesta, soltó una plasta blanca que resbaló por la pechera del agente. El suelo del barco estaba inundado de manchas blancas.

—¡Cabronas! —dijo con asco y recordó a su mujer cepillándole el uniforme antes de salir.

La patrullera *Sagunto* de la Guardia Civil realizaba el rutinario recorrido por el Canal de Bristol. A la derecha tenía la abrupta costa de San Roque on-the-Rocks, farallón de casas castellanas y andaluzas, con la playa del Desembarco como pedregosa alfombra de entrada. A la izquierda, separadas por una línea que solo constaba en los tratados internacionales, las aguas británicas, que en ese apagado amanecer de octubre daban la impresión de estar más turbias y agitadas que las españolas. Solo en los raros días en que despejaba se intuía en la distancia la borrosa costa de Gales. Los agentes saludaron con la mano el paso lejano de un pesquero de San Roque que regresaba a casa libre del revoloteo de las gaviotas.

—Y digo yo, mi sargento, si no podíamos pedir a intendencia unos chubasqueros para ahorrar con el tinte. —Moreno escrutaba el pajarerío tras observar el cagajón en la pechera de su superior.

—No es mala idea, no, pero sería como pedirles aparatos de gimnasia sueca. Los chubasqueros son objetos de lujo para ellos.

—No para los otros. Todos los patrulleros ingleses lo tienen.

El sargento lo miró con condescendencia. «El chaval es un novato. Lo que se dice un huevo a medio cocer».

—Moreno, cada uno organiza su casa como puede. Ellos tienen chubasqueros y nosotros la huerta murcia-

na por barco una vez al mes. Piense en todos esos tomates y pimientos que están para morirse mientras ellos deben apañarse con comida inglesa. Además, desde que terminó la guerra están a la cuarta pregunta. Los chubasqueros se los habrán regalado los americanos.

—Visto así…

—No vea las cosas de otra manera. —El sargento se arrebujó en el recio capote reglamentario. Pese al aplomo exhibido, hacía esfuerzos hercúleos por disimular su fascinación por los chubasqueros. Estaban hechos de un material nuevo todavía experimental, el plexiglás, que repelía la lluvia mucho mejor que cualquier otro. La semana pasada, sin ir más lejos, cayeron chuzos de punta y pudo ver a los cuatro desgraciados de la patrullera *Hastings* abriendo y cerrando los chubasqueros en plan de guasa. «Exhibicionistas», pensó y se alzó el cuello del capote.

—¿Qué hora es?

—Las seis menos cuarto, mi sargento.

—Dígale a Brihuega que damos la vuelta. Basta por hoy. Ya toca ir a casa.

La *Sagunto* cambió el rumbo con parsimonia y las gaviotas, al tanto de la maniobra, hicieron lo propio y continuaron con la batahola de graznidos y deyecciones.

—Mi sargento, ahora tres días de descanso.

Su jefe dudó si responder a ese arranque de fraternidad. Le fastidiaban las camaraderías. Finalmente habló.

—Sí, un puente festivo. Habrá que relajarse. Y que pringuen otros.

Mientras oteaba satisfecho las aguas suspiró aliviado. Había pensado pasar el Día de la Hispanidad con la familia en Torquay, al sur de Devon. Los niños no la conocían. Ya dormiría después. Con un poco de suerte el tiempo no sería horrible, darían una vuelta por el paseo marítimo y merendarían en el Grand Hotel. Las plácidas imágenes de esa tarde en la Riviera Inglesa, como era conocida la zona, se difuminaron de golpe cuando contempló, no muy lejos, un bulto verde flotando en las aguas. El sargento cerró los ojos. Al abrirlos de nuevo no había desaparecido. Para empeorar las cosas, Moreno se lo hizo saber.

—Mi sargento, ¿ve esa cosa verde a lo lejos? Parece grande, ¿qué podrá ser?, ¿contrabando?

—Serán algas o una gallina gigante, ¡yo qué sé! No tiene importancia… —dijo con fastidio.

El número de la Benemérita echó mano de sus binoculares.

—Parece, parece… Mi sargento, no son algas ni una gallina. ¡Para mí que es un hombre… está como emplumado!

—¿Emplumado?, ¡no me venga con memeces! A ver, encienda el foco y apunte —le arrebató los binoculares y enfocó lo que hacía peligrar el día en Torquay; en rea-

lidad, todo el puente de la Hispanidad. Al cabo de unos segundos tuvo que reconocer que el bulto, iluminado por el potente haz de luz de la *Sagunto*, correspondía a una persona llena de plumas de los pies a la cabeza.

—¿Qué hacemos mi sargento?, ¿vamos a por él? No se mueve, parece que está muerto.

Garmendia siguió oteando con desconfianza. Al cabo de unos segundos esbozó una sonrisa y señaló al finado.

—Moreno, ¿ve dónde está el de las plumas verdes?

—Sí señor, por supuesto.

—¿De veras?

El agente dudó antes de contestar.

—A ver, calcule bien ¿No se da cuenta de que son aguas británicas? Mire la costa. Estamos bordeando la línea fronteriza. Inglaterra queda a una media milla y eso está a más distancia. El muerto, o lo que sea, es de los británicos.

En ese momento, como si el dios Neptuno hubiera reaccionado ante el sacrilegio de no dar socorro a un hombre en alta mar, una racha de viento alentó una respetable ola en mitad de las aguas teóricamente inglesas. El fardo verde se elevó y descendió con elegancia hasta ponerse a un tiro de piedra de la patrullera. Garmendia, que apretaba los labios, contempló la trastada del señor de los mares y luego dijo de mala gana:

—Moreno, dígale a Brihuega que se acerque despacio y pare un momento. Subamos el cargamento a ver qué es. Traiga el arpón y a pescar.

Una vez izado a bordo, los tres ocupantes de la patrullera, maquinista incluido, observaron el bulto con preocupación. Las gaviotas seguían con el barullo justo encima, sin perder detalle del hombre de rasgos occidentales, envuelto en un lío de plumas verdes, que yacía en la cubierta. Un pasamontañas verde, también con plumas, le cubría la cabeza. A la altura de la frente lucía un pico y dos ojos de pega. Lo poco que podía verse del rostro estaba atravesado, en diagonal, por una cicatriz.

—¿Y a mí que me suena este tío? —comentó Brihuega.

—¿Cómo puede sonarle si apenas se ve? —replicó su superior.

—Me recuerda a alguien, pero no sabría decirle a quién.

—¡Le recordará a una gallina!

—No es eso mi sargento, es solo que me recuerda a alguien….

—¿Qué hacemos mi sargento?, ¿damos parte al cuartel? —apuntó Moreno.

El jefe volvió a mirarle condescendiente. «¡Qué poco sabes de la vida!», pensó y luego hizo un gesto al maquinista.

—Ya sabe lo que hay que hacer. Como en el Jueves Santo.

Después de que Brihuega desapareciera trató de ser lo más pedagógico posible.

—Verá, Moreno —dijo con tono paternal mientras le pasaba el brazo por los hombros—. ¿Sabe qué celebramos hoy?

—Claro señor, el Día de la Hispanidad. Las cinco carabelas. —El novato volvió a mirar el cadáver.

—Bien aprendido. Es decir, que tanto usted como Brihuega y un servidor disfrutaremos de tres días de descanso. ¿No es así? —El sargento exhibió su mejor sonrisa, aderezada con dos dientes podridos.

—Por supuesto.

—Pero siempre hay un pero y en este caso es el muerto. ¿Adivina qué pasará si damos parte? —Moreno le miró indeciso—. Yo se lo diré: de una forma u otra nos lo cargarán. El muerto. Del papeleo y las primeras averiguaciones no nos libramos, sin olvidar al forense, o lo que es lo mismo: es muy posible que los próximos tres días nos toque pringar, y para empezar, esta mañana despídase de echar una cabezada. ¿Entiende?

—Por supuesto. Pero no veo de qué manera…

Garmendia volvió a estrujarle. El novato captó al fin la indirecta.

—Siempre hay una manera. ¡Siempre!

—Claro, mi sargento.

Este le dedicó otra sonrisa seductora.

—Me alegro de que entienda. Y esté tranquilo, la Guardia Civil siempre cumple con su deber. En este caso trasladaremos la instancia a las autoridades locales. A la Policía de San Roque para ser exactos.

CUANDO LA PATRULLERA pasó delante de la solitaria playa del Desembarco, camino del puerto, el clamor de las gaviotas cuellirojas impidió escuchar el chapoteo sordo en el agua. Lo lanzaron por babor para evitar que nadie pudiera ver la operación desde tierra. Mientras se alejaban, el agente Moreno observó melancólico cómo el fardo verde se iba aproximando, mecido esta vez por suaves olas, hasta la playa pedregosa. Antes de dar la curva y perderlo de vista, Brihuega se asomó por la cabina y soltó:

—¡Mi sargento, ya sé a quién me recuerda! ¿Pues no me da a mí que ese tío con plumas es clavado a un galán de cine?

—Por mí como si es Charles Boyer. Ya no es de nuestra incumbencia. ¡Ténganlo claro los dos!

2

UN REBAÑO DE VACAS irrumpiendo en estampida en su habitación no habría hecho tanto ruido. Antonio Mompou, que estaba en el séptimo sueño, dio un respingo y se incorporó sobresaltado.

—¡Qué pasa! ¡Qué pasa! —gritó. Miró el despertador: eran las seis de la mañana y sudaba.

—No chilles, asómate a la ventana y vuelve a acostarte —le dijo Clara.

Nada más asomar la cabeza comprendió.

—¡Esos cabritos! —masculló.

Unos veinte niños de San Roque, vestidos a la usanza del Siglo de Oro, recorrían las calles agitando enormes cencerros. El comisario Mompou, mentalmente, se cagó en las tradiciones. Clareaba una mañana gris plomo.

—¡Vuelve a dormirte! —le ordenó su mujer, que parecía inmune al ruido ensordecedor. No en vano, al ser maestra conocía al dedillo la manera con la que los niños sanroqueños daban la bienvenida al 12 de octubre. La Gloriosa Cencerrada, como se encargaba de enseñar en clase, recordaba la gesta que el lejano día de 1590 protagonizaron alumnos del Colegio de Náutica de San Telmo tras pasar la noche de parranda. Al volver a sus casas con las primeras luces de la mañana algunos creyeron avistar una flota de barcos ingleses. Sobrepuestos de la

cogorza, los estudiantes entraron en la primera construcción que encontraron, una casa con establo; de allí salieron golpeando ollas y agitando cencerros para alertar a la población. La valiente acción de los jóvenes desbarató un ataque sorpresa para recuperar el territorio conquistado por la Armada Invencible casi dos años antes. Los sanroqueños reaccionaron a tiempo, recibieron a los barcos enemigos a cañonazos y lograron hundir dos de ellos. Como mal menor para el comisario, la tradición había prescindido de las ollas y se limitaba a los cencerros.

—¡Mamones! —repitió antes de volver nervioso a la cama.

Le fue imposible tranquilizarse y no dejó de dar vueltas. Los cencerros seguían bullendo en su cabeza que, agitada por la marea sonora, le devolvía retazos del último sueño. Eran imágenes absurdas, surrealistas. No en vano el sueño estaba marcado por la nueva exposición que había visitado con Clara la tarde anterior: Salvador Dalí en la galería de Espinosa. Comenzó a evocar estampas fugaces de lo soñado: la piel de un piano de cola, mujeres con cangrejos en la cabeza, una hilera interminable de hormigas por una playa de arena sedosa y hasta un huevo frito surcando los aires. «Menudo mejunje», pensó. Y sin embargo, debía reconocer que ese artista, catalán como él, le fascinaba. Había llegado sin Gala, su mujer, y apenas permaneció un rato en la exposición. Al cuarto de hora había

tomado las de Villadiego. «San Roque es ad-mi-ra-ble», le soltó cuando se lo presentó la gobernadora. Nunca antes había pisado la colonia española.

—¿Quieres dejar de moverte? —le pidió Clara.

—Perdona. Son esos niños…

—Si fueras aquí un niño harías exactamente lo mismo.

—Me lo perdí. Vine demasiado viejo.

El escuchimizado sol británico se abría paso por el horizonte a su modo: pidiendo humildes disculpas. Con un poco de suerte los sanroqueños disfrutarían de 8 grados centígrados en esa jornada festiva. La tímida llegada del astro sol entre nubes plomizas fue desvelando las grietas del crucifijo de madera que presidía el dormitorio, la turbamulta de libros de la estantería y el tocador en el que cada mañana Clara, apodada *la Camaleona* por sus alumnos, fijaba sus ojos dispares, circunstancia que al comisario le parecía especialmente atractiva. Siempre le atrajeron las bizcas.

—¿Sabes? —dijo la maestra—, me parece que te pierdes el lado positivo de la vida.

—Lo único que quiero perderme es ese bochinche.

—No exageres Antonio, ya se fueron. Duerme.

—Imposible. ¿Te importa si leo un poco?

—Qué me va a importar. Pero no pases las páginas como un poseso. Me da frío.

—Claro, mujer.

El comisario se acercó entre bostezos a la estantería hasta tener los libros a un palmo de la cara. Extrajo un volumen verde de Austral y volvió a la cama.

—*La rebelión de las masas*. El apropiado para hoy —comentó enfurruñado.

—No recuerdo que hable de niños con cencerros.

—Si Ortega y Gasset se pasara por aquí un 12 de octubre añadiría un capítulo —replicó.

Pasó las páginas con cuidado. Al cabo de unos minutos escuchó la respiración acompasada de su mujer. «El hombre-masa. La masa idiota y compacta que se deja llevar como un rebaño. Y las ovejas, orgullosas de formar parte», pensó. Por las mañanas solía leer en la cama antes de ir a comisaría. Era la única manera de digerir textos que a otra hora no lograba asimilar. Por la noche, tras volver del trabajo, tampoco podía con cosas sesudas, se sentía como si le hubieran dado una pedrada en la cabeza.

Pero las cristalinas palabras del intelectual más importante de España se enturbiaron de improviso: reverberando en las paredes y haciendo vibrar el espejo del tocador regresaba la Gloriosa Cencerrada con mayor intensidad. Es más, tenía la sensación de que se paraba delante de la casa para darle una serenata. Cuando escuchó cómo aporreaban la puerta, la obra de Ortega era

ya una masa ilegible. Tiró el libro al suelo y se abalanzó hacia la ventana.

—¡Qué queréis!, ¡iros a tomar por…!

La voz de veinte gargantas infantiles frenó la imprecación.

—¡Comisario!, ¡hay un hombre muerto en la playa vestido de loro!

Mompou miró incrédulo a los niños del siglo XVI.

—¡No será una broma vuestra!, ¡no estoy para bromitas!

—¡Es verdad comisario!, ¡se lo juramos! —respondieron al unísono, como un coro griego.

—¡Está bien, ahora mismo bajo!

—¿Qué pasa Antonio?, ¿por qué gritan? —Clara se había incorporado en la cama y lo miraba extrañada.

—Nada, tus alumnos, que dicen que han encontrado un muerto en la playa.

—¿Un muerto?

—Sí. Vestido de loro, por si no tuviera bastante.

—¿De loro?

—Eso dicen. Ni en día de fiesta puede uno descansar. ¿Has visto mis pantalones?

—¿Pero no estaba hoy de guardia Arizmendi?

—¡Mujer!, un muerto es un muerto. Además, Arizmendi no entra en la comisaría hasta las 8.30. Estará en el quinto sueño; su casa está en las afueras, no como la nuestra.

—Pues coge otros pantalones. Los que llevabas te los lavé anoche.

Los niños siguieron al comisario cencerro en mano. En el Paseo del Generalísimo, antigua calle Mayor, familias somnolientas pero felices llenaban los balcones para no perderse el ruidoso amanecer del Día de la Hispanidad.

—¿No habréis tocado nada de ese hombre, verdad?

—No comisario, está como lo encontramos —le dijo uno con aires de Rinconete.

—¿Le habéis dejado con alguien?

—Un hombre está con él. Es pintor.

El Paseo de Recoletos, la alameda más antigua de San Roque on-the-Rocks, les condujo en un suave descenso hasta la playa del Desembarco. Como le habían descrito, de una montaña de plumas verdes asomaba una cabeza coronada por un pico amarillo y dos ojos de pega. Junto al cadáver, tirado boca arriba en la orilla, montaba guardia un hombre vestido de blanco. Por su espigada figura lo reconoció.

—Bien muchachos, muchas gracias. Eso es todo. No hace falta que os acerquéis más. Seguid con los cencerros.

—Señor, pero si ya hemos terminado. Son las siete —le contestó un chico al lado de Rinconete. «Cortadillo», dedujo el policía.

—Mucho mejor, en ese caso hacedme un último favor. Vosotros dos —señaló a la pareja de pícaros—, acercaros a la casa del doctor Sebastiani y contadle lo de este hombre. Decidle que le espero en la playa. ¿Sabéis dónde vive?, en la avenida de Narváez, el número 83, pegado al parque.

El grupo se disolvió como vacas por un prado mientras Rinconete y Cortadillo corrían a avisar al médico. Mompou pensó que le iban a pedir algo a cambio pero se equivocó.

Cuando se acercó al cadáver emplumado llegó por detrás Dalí.

—Se lo dije ayer, porque usted es el policía, ¿verdad?, esta colonia es ¡ad-mi-ra-ble! Salgo a pasear esta mañana y ¿con qué me encuentro? ¡Con un ejército de niños escapados de un cuadro de Velázquez y en la playa con el cadáver de un hombre pájaro! Ni salido de uno de mis cuadros. ¡In-su-pe-ra-ble! —Cada sílaba de *insuperable* la acompañó de un movimiento enérgico del brazo derecho, como si pintara en el aire. Tenía una voz engolada que saboreaba las sílabas.

El pintor catalán, brazos en jarras, exhibía la sonrisa de Douglas Fairbanks, con la diferencia de que su bigote era mucho más llamativo: contradecía las leyes de la gravedad y apuntaba hacia el cielo mustio de Devonshire. «Es pura energía», pensó el comisario, que se arrodilló para

contemplar mejor al muerto. Permaneció unos segundos examinando el extraño disfraz. «¿Qué haces vestido de lorito real?», se preguntó. Luego se dirigió al artista.

—O sea, que cuando usted llegó ya estaban los niños y cuando fueron a avisarme se quedó al cuidado del muerto —dijo al tiempo que se incorporaba y comprobaba que el pedregal no le había roto los pantalones.

—Así es comisario. Deambulaba por San Roque on-the-Rocks igual que el farmacéutico del Ampurdán que no busca absolutamente nada…

—Ya.

—Es el título de uno de mis cuadros…

—Ah, entiendo. Me gustan mucho. Tiene usted algo especial.

Las ropas blancas de Dalí parecieron hincharse de gozo.

—Muchas gracias. Y a mí me está fas-ci-nan-do este trozo de España inglesa. ¡Es pura mitología! ¿No lo capta?

Mompou miró al hombre pájaro y luego a su paisano. Su flequillo negro, partido en dos alerones, parecía querer echar a volar pero unas manos huesudas lo aplacaban con veloces movimientos. Eran las manos de un pianista.

—Lo siento. No sé a qué se refiere.

El artista se pasó una mano por la cara antes de contestar. Lucía de nuevo la sonrisa de Douglas Fairbanks.

—¡San Roque on-the-Rocks es Europa raptada por el toro! ¿No se da cuenta? ¡Los españoles nos hemos he-

cho con Europa, este trozo de Inglaterra, y nos negamos a devolverla! El auténtico *om-pha-los* de los griegos, el ombligo del mundo, es este.

«O es un genio o está poniendo verde a Franco… o ambas cosas», pensó el policía. El artista sacó entonces con la velocidad de un prestidigitador cuaderno y lápiz y empezó a tomar apuntes:

—Con su permiso, voy esbozar este escenario su-blime.

—Claro, maestro —dijo nervioso Mompou—, solo le pido discreción, por ahí viene el forense y no es muy comprensivo con el arte.

—Descuide, me apartaré en un momento. Si sale adelante un cuadro le enviaré algún dibujo.

—No, por favor, yo…

—¡Ni una palabra más! —y se concentró en el cuaderno que empezó a inundar de trazos.

El policía contemplaba absorto al artista cuando escuchó una tos prolongada y ciclópea. El doctor Sebastiani había llegado en ambulancia acompañado por dos enfermeros somnolientos, uno de los cuales arrastraba desganado una camilla.

—Así que este es el motivo del madrugón. Un cadáver disfrazado de… ¿cotorra?

—Los niños de la Cencerrada fueron los primeros en verlo, lo describen más bien como un loro.

—Indigna manera de pasar al otro mundo. ¡Cof, cof!

—¿Cómo va la tos?

—Tirando, gracias. Ya voy para tres meses.

El doctor Sebastiani, hombre y medio de hechuras y una papada que recordaba a un babero de carne, se movía sin embargo con agilidad. El comisario sospechaba que la tos prolongada y ciclópea era algo psicosomático, como apuntaba Freud en sus libros, más que el reflejo de una dolencia concreta. Llevaba un par de meses en el puesto. Las malas lenguas contaban que había coincidido con Franco en África y que este había decidido desplazarlo a San Roque. El jefe del Estado, seguían diciendo las malas lenguas, tenía afición por encontrar destinos exóticos para sus antiguos camaradas. ¿Era la tos el reflejo de ese trauma psicológico? ¿Y por qué no tenía él tos perpetua desde que Primo de Rivera le mandó a vegetar a esta broma de la Historia?

—Menudo disfraz gastaba el gachó. Oiga, Mompou, ¿esta no será una de las fiestecitas que ustedes celebran por aquí?

—Ni por asomo. Hoy solo se disfrazan los niños y no es tiempo de carnaval. Apareció en la playa. No hay que descartar que lo haya traído la corriente del lado inglés.

—A propósito, no me ha presentado a su compañero. ¡Cof, cof!

El policía puso cara de póker.

—¿Compañero?

El forense señaló a Dalí, que seguía haciendo esbozos con fruición a un par de metros.

—Bueno es… ha venido de fuera —reaccionó azorado.

—¿Un refuerzo?

—Hasta cierto punto. Está dibujando el escenario. ¡Cof, cof! —Ahora fue el comisario quien tosió. No le gustaba mentir aunque a veces llevaba las verdades hasta un límite nebuloso.

Sebastiani se acercó al artista y este le mostró el cuaderno orgulloso.

—Supongo que está a medio hacer…

—Sí, ejem, y fíjese en la postura en la que se encuentra el finado —improvisó el policía.

—¿A qué se refiere?

—De cúbito supino.

—Ya, ¿qué quiere decirme con eso?

—Bueno, pues que está boca arriba… nada más.

—¡Cof, cof, cof! Sí, sí, evidente. Pero sabe, aquí no vamos a averiguar nada. Será mejor que me lo lleve para hacerle la autopsia. —El forense hizo un gesto con la mano y los enfermeros se acercaron para levantar el cadáver.

—¡Un momento, no tan rápido! —interrumpió el artista. Se detuvieron en seco y el hombre pájaro brincó en

la camilla—. Me falta la cicatriz. Es como un largo río seco que recorre toda la cara. ¡Su-bli-me!

Sebastiani, en contra de lo que Mompou temía, guardó respetuoso silencio y se acercó a ver cómo concluía el dibujo.

—Gracias, señor forense. ¡Va ser un gran cuadro! —dijo Dalí al terminar y le estrechó la mano con energía. Luego hizo lo propio con el policía y se despidió en silencio con la mano. Los dos vieron cómo se perdía por el pedregal.

—¿Un gran cuadro? —preguntó Sebastiani.

—Ejem, sí, el de la escena del crimen.

—Mompou, una duda me corroe.

—Usted dirá.

—¿En la escena del crimen, aparte del muerto, había una mujer desnuda y una jirafa en llamas?

—Claro que no.

—Pues búsquese un dibujante en sus cabales.

3

El café Gerona, tradicional refugio de intelectuales, moscas bullangueras y campeones de dominó, había cerrado sus puertas ese día de fiesta. El notable periodista Julio Camba, casi parte del mobiliario, buscó tempo-

ral refugio en el parque de San Roque que con los apagados fulgores que dejaba el mes de octubre bien podía decirse que vestía un verde ceniciento.

Don Julio, acostumbrado a los fríos galaicos y embutido en un abrigo comprado en Harrod's, era inmune a las rachas de viento que sacudían como sonajeros las copas de las hayas y castaños de este antiguo parque real. Descansaba en un banco con una placa de cobre que rezaba: «Donado por don Prematuro Gómez. Abril de 1930». El donante, el hombre más rico de la colonia, era un indiano que había regresado de América en los años veinte con más dinero que el que Moctezuma pudo reunir durante su imperio. El periodista, sentado en la generosidad de don Prematuro, redactaba complacido la columna para *El Heraldo Español*. Lápiz en mano escribía en un cuadernillo sobre la relación de los sanroqueños con la lluvia: «El paso de los siglos ha transformado la piel de los sanroqueños en un caparazón tan insensible a la lluvia como el de los ingleses», sostenía. Para el cronista oficial de la colonia, los marineros de la Armada Invencible que arribaron a este inhóspito rincón apenas podían soportar tantos días de agua y mal tiempo. «Tampoco los nacidos en Lugo», precisó. Aducía, sin embargo, que los españoles, «sabios cuando les da la gana, han terminado por adaptar la epidermis al clima inglés, por eso en San Roque sus habitantes abren

el paraguas con diez minutos de retraso con respecto a la Península. Las primeras gotas aquí pasan inadvertidas», sentenció.

No era, desde luego, un huero ejercicio de salón: mientras escribía, gruesos goterones comenzaban a caer y creaban pequeños cráteres en la tierra que asomaba entre las hojas secas. Don Julio ni se inmutó, es más, al cabo de unos minutos pareció recordar algo, rebuscó en el bolsillo de su abrigo londinense, sacó una bolsita de cacahuetes y la agitó. A los pocos segundos, de la rama de un roble cercano surgieron dos bultos pardos que descendieron por el tronco hasta situarse a dos pasos de la bolsa, que él seguía agitando.

—¡Pitas, pitas! —dijo sonriente. El periodista tenía la costumbre de llamar a todos los animales igual que a las palomas. Pero los dos bultos pardos, lejos de pertenecer a tan vulgar género alado, eran lustrosos ejemplares de *Smilodon sciureus*, más conocidas como ardillas con dientes de sable. El parque de San Roque albergaba los últimos ejemplares en el mundo de estos seres prehistóricos de legendaria dentición. En la época de celo las ardillas macho dejaban los surcos de sus dos potentes paletas en los troncos de los árboles, cuya corteza se mostraba arada por el deseo de perpetuar la especie.

Pese a que para la mayoría de los sanroqueños eran animales caprichosos e irascibles que había que mante-

ner a prudente distancia, el ilustre periodista no pareció contemplar el riesgo de la dentellada y ofreció a ras de suelo los frutos secos a la pareja.

—¡Pitas, pitas!

La ardilla más pequeña, una hembra, sopesó la oferta pero antes de aceptarla se abalanzó sobre la cola de su adversario, un macho, que, pillado en un renuncio, pegó un chillido y trató de morder sin éxito la cola de la rival. Finalmente, con un pespunte en la cola, escapó roble arriba con agudas imprecaciones. La vencedora se acercó entonces a la bolsita de cartón y se cobró satisfecha el premio. Los goterones de lluvia seguían golpeando las hojas con aplomo.

—¡Don Manuel, tenga cuidado! Mire lo que le pasó al hijo del juez. —La voz de tinaja cascada correspondía a don Mauro, el guarda del parque, que apareció por una vereda. Daba la impresión de andar a cámara lenta, como si debatiera cada paso antes de decidirse.

—No soy Manuel, soy Julio, el periodista, y el hijo del juez es un zangolotino. No me compare.

—Ah, disculpe, don Julio, pero el día que se case, a ese niño no podrán ponerle el anillo en el dedo anular.

—Todavía le queda el de la izquierda —respondió el periodista, que algo debió rumiar porque guardó con cuidado la bolsita. La ardilla hembra le miró decepcionada y luego escapó hacia el roble.

Don Mauro era la sexta generación de guardas desde que Carlos III donó el parque a la colonia. Vestía parecida indumentaria a la de un guarda del Retiro madrileño, con idéntica bandolera y sombrero, solo que la franja de la pechera en lugar de roja era amarilla, sentido homenaje del cuerpo de guardas al sol perdido de España. En cuanto a la escopeta, la portaba como objeto decorativo pues se preciaba de no haberla usado en los cuarenta y dos años que llevaba trabajando. «Con las ardillas, cuando se ponen tontas, solo se lucha a pedradas. Están en peligro de extinción», argumentaba.

Para muchos sanroqueños, sobre todo los más jóvenes, la legendaria lentitud del guarda, su sordera creciente y una visión en nada comparable a la de un lince eran atractivas invitaciones a hacer de la capa un sayo. Todavía le escocía el asesinato de un ilustre sanroqueño ocurrido en sus dominios[1] el verano pasado. Salvó la honra al asegurar que ese día estaba en cama con fiebre.

—¿Cómo usted por aquí don Julio? No es asiduo.

—El Día de la Hispanidad, Mauro. Hoy me tengo que olvidar del Gerona —alzaba la voz.

—Ah, claro.

—Y dígame, ¿trabaja usted en día de fiesta?

—Ya lo ve, el parque no puede quedarse solo.

[1] Ver *Crimen on the rocks*. Rey Lear, Madrid, 2014.

—Cobrará usted al menos los festivos.

—Y aunque no los cobrara. Esta es como mi casa. Para mí ya no es un trabajo. —El guarda echó entonces un vistazo al cielo, del que ya caía una cortina de agua—. Por cierto, don Julio, está empezando a llover —apuntó.

El periodista sacó parsimonioso el paraguas. Tardó en abrirlo.

—¿Me acompaña a la salida?

—Con mucho gusto —dijo tras calarse el sombrero.

Al poco de levantarse del banco había sacado tres metros al guarda. El columnista esperó a que don Mauro lo alcanzara y siguió andando al paso de este. Parecían una pareja de amigos a cámara lenta. Lo único que caía a una velocidad normal era el chaparrón.

—Entonces, disfruta usted con este trabajo. No le pesa…

—¡Qué va! ¡Esto es vida!

—Y su mujer ¿qué dice? ¿No se cansa de que se pase aquí todo el día?

—¡Menuda pieza mi mujer! —aseveró con la voz más atinajada—. Don Julio, a veces le envidio porque no está usted casado.

—Ya será menos. Seguro que es una santa.

—No de las reconocidas por la Iglesia.

—¿Cuántos años llevan casados?

—¡Uy, perdí la cuenta! ¿Ve usted ese castaño de Indias? —don Mauro señaló un robusto ejemplar que estaba siendo lavado por el aguacero—. Pues cuando nos casamos lo plantamos, así que hágase una idea. Estos árboles no crecen de la noche a la mañana.

—Pues qué quiere que le diga, fue un detalle muy bonito. Ahí tienen el símbolo de su amor.

—¡Psche! Fue idea de ella. A mí esas cosas…

El columnista trató de imaginarse a ese osezno cegato en ebullición amorosa y no lo logró. Tardaron diez minutos en dejar atrás el busto de Mozart niño y enfilaron el camino embarrado hacia la entrada principal. Don Julio calculó que tardarían media hora en llegar, y aunque seguía manteniendo palabra por palabra lo que acababa de escribir sobre la lluvia, se sentía dentro de una alberca. Era hora de buscar urgente refugio. «La Academia está abierta. Hoy toca charla sobre la Hispanidad», se dijo y decidió hacer mutis por el foro.

—Bien, amigo Mauro, acabo de recordar que tengo una cita urgente. Muchas gracias por su compañía.

El guarda se detuvo en seco y lo miró dolido.

—Don Julio, mire que a mí no me cuesta acompañarle…

—Claro, claro, le agradezco el detalle. Podemos repetir este paseo en otra ocasión. Quizás con el tiempo un poco más seco —dijo mirando al cielo.

El cancerbero del parque esbozó una sonrisa.

—Tiene razón. El paseíto para otro día. Ha sido un placer verle, don Julio. Yo voy a seguir con la ronda, nunca se sabe.

—Nunca, don Mauro.

La columna vertebral de *El Heraldo Español* dio una carrerita por el barro. Cuando salió del parque tuvo la impresión de que el guarda permanecía quieto, inmune a la lluvia. «Es un oso hibernando», concluyó.

Debido a su kilométrico nombre, la Real Academia de las Buenas Letras, Ciencias, Bellas Artes y Artes Aplicadas de San Roque era conocida como la Academia. Fundada en 1725 gracias a la tenacidad de un sanroqueño ilustrado, tenía su sede en un palacete próximo al parque, en cuya fachada se sucedían medallones alegóricos de disciplinas artísticas y científicas así como una notable ración de bajorrelieves con musas y diosas rollizas. La única condición para ingresar en tan afamada institución eran los méritos del candidato, aunque desde sus albores los lazos familiares y un buen pecunio ya constituían méritos suficientes. Por este motivo, las familias más pudientes y parientes próximos estaban representa-

dos en todas las ramas del conocimiento, pese a que muchos académicos demostraban seguir al pie de la letra la repetida cita de Sócrates: «Solo sé que no sé nada».

Don Julio entregó el paraguas al bedel y entró en el discreto templo del saber del que era miembro numerario y en el que se habían cerrado muchos más negocios que abierto libros. Pese al discreto cultivo del saber, la Academia había acogido a lo largo de su historia a grandes personajes. Aquí había inventado Newton, en el último año de su vida, su incidente con la manzana; también fue la institución escogida por David Hume para, previa degustación de un cocido madrileño, exponer su teoría sobre el entendimiento humano, aunque para la mayoría de asistentes fue una disertación «imposible de entender», recoge el diario de sesiones. Del lado español, Jovellanos peroró contra las corridas de toros y un martes de Carnaval de 1914, Unamuno habló, con escasa asistencia de público, del sentimiento trágico de la vida. En cuanto a la decoración de sus amplias estancias, se sucedían los paneles de caoba, las chimeneas, los cuadros con escenas de caza y las mesas con tapetes para las cartas —mayormente el mus—, elementos que irían copiando los primeros clubes privados ingleses. El tiempo parecía no transcurrir para la magna institución, no así la política, de ahí que el retrato original que presidiera el salón de actos, el primer presidente, pintado por Goya, había sido sustitui-

do por una inquietante fotografía del Generalísimo con casco que le asemejaba más a un albañil que a un caudillo.

—¿Quién toca hoy? —El columnista se sentó en la última fila.

—Esperemos que no sea un muermo. Es don Ramón. —Le respondió don Casimiro, el astrónomo, que le alargó el programa.

—«La lengua de Cristóbal Colón» —leyó el periodista—. ¿Filología o Medicina? Ya me entran dudas… y vamos a ver, ¿don Ramón no estaba castigado por rojo?

El astrónomo abrió los ojos de asombro, como cuando descubrió su última estrella, bautizada Ebro-38 en recuerdo de la batalla.

—¡Chisst…! No es el sitio, don Julio, que un día se busca un disgusto…

El periodista se acercó más al asustado colega.

—Bajo la voz, no se preocupe. Lo único que quiero comentarle es que a este tío lo habían depurado y ahora está aquí, tan fresco.

—Ejem, no es el primero a quien se le perdonan los errores del pasado.

—Ya, claro.

Don Ramón fue recibido con un discreto aplauso al subir al escenario, en el que le esperaban el presidente de la institución, una silla sobria a juego con la mesa y dos enormes banderas españolas.

El presidente de la Academia, heredero de una insana tradición amante de la ampulosidad y los juegos florales, ofreció una perorata que logró entontecer a la audiencia. Cuando finalizó veinte minutos más tarde, don Julio comprobó que sus ropas ya estaban secas.

Tras los aplausos de cortesía, el conferenciante inició su hispánica disertación de este modo: «Estimado público iré al grano: las evidencias apuntan a que Cristóbal Colón, nuestro insigne descubridor de América, como buen marino chapurreaba muchas lenguas pero no dominaba ninguna».

El columnista echó un vistazo a los cogotes de la primera fila. La gobernadora de la colonia, Manuela Paleólogo, agitaba inquieta la cabeza. «No le habrá gustado un pimiento el comienzo, que se fastidie», pensó. Y no andaba descaminado. La máxima autoridad de San Roque esperaba más ardor patriótico en el conferenciante, rehabilitado de forma magnánima por la nueva España y en su lugar seguía cuestionando las habilidades comunicativas del ilustre marino. A su lado se encontraba el cogote rosado y lustroso del obispo Sergio, que entraba en la categoría de *prelado gordo* tan común en San Roque, hasta el punto de que el periodista se llegó a preguntar más de una vez si la principal condición para que un cura fuera destinado a estos lares no era, antes que la experiencia pastoral, el sobrepeso.

Al que no identificó fue al dueño del cogote siguiente. Era corto, robusto y sostenía un pelo rojo y encrespado. «Será un sanroqueño de sangre inglesa pero ¿quién?», se preguntó. El único cogote que conocía con esas características era el de Fraguas, el suspicaz ayudante del comisario, de gran parecido con Van Gogh antes de perder la oreja. Pero Fraguas no asistiría, ni sometido a la Santa Inquisición, a una conferencia sobre la lengua del Almirante. Decidió salir de dudas.

—Oye, ¿quién es el *coloraíto*? El que está al lado del obispo —preguntó al oteador de planetas.

El astrónomo, concentrado en la charla, tardó en responder.

—Es… una especie de asesor polaco de la gobernadora.

—¿Asesor polaco?

—Así nos lo presentó el otro día. Tenías que pasarte más por la Academia —le reprochó.

—¿Y se puede saber sobre qué asesora?

Don Casimiro miró de reojo antes de contestar en tono subterráneo.

—Ejem, ninguno de los dos lo ha aclarado. Pero a mí me pareció que entre los dos había cierto… magnetismo.

—Con que magnetismo…

El periodista se quedó contemplando el cogote polaco. Trataba de escrutar sus misterios. Y fue entonces,

mientras don Ramón Menéndez Pidal incidía en las faltas ortográficas que Colón había dejado en sus cartas, cuando el cogote, como si hubiera detectado la mirada impertinente del periodista, cobró vida y se dio la vuelta. El asesor echaba un vistazo al público y parecía detenerse en la última fila, donde estaba don Julio.

El columnista de *El Heraldo Español*, que solo se estremecía ante un plato de lacón con grelos, sintió que un rayo de Zeus le atravesaba el cuerpo y salía por la planta de los pies. Las dos miradas solo coincidieron un segundo pero fue suficiente. Al finalizar la charla y salir por fin de la Academia, recordaría ese instante con una frase que parecía digna de uno de sus artículos: «Sus ojos eran dos tinieblas azules».

Don Mauro tardó un buen rato en enfocar la mancha borrosa que descansaba al pie del busto de Mozart niño en el parque: un ramo de flores. El guarda cogió el ramo intrigado. «¿Quién lo habrá dejado con la que ha caído?», se preguntó. Tuvo el impulso de llevárselo, pero al concluir que la destinataria sería su mujer volvió a dejarlo junto al genio austriaco. «La gente está mal de la cabeza», concluyó.